



Conferencia Episcopal Peruana

HOMILÍA

Basílica de San Pedro

Martes 27 de enero de 2026 — Visita ad limina

“Sobre la roca: unidad, verdad y esperanza para la Iglesia del Perú”

Estimados Hermanos en el Señor:

Junto al Apóstol Pedro

Celebrar esta Eucaristía en la Basílica de San Pedro, con ocasión de nuestra visita *ad limina Apostolorum*, junto a la tumba del Apóstol Pedro, es entrar en el corazón palpitante de la Iglesia universal. Aquí resuena la confesión perenne: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”* (Mt 16,16). Aquí la fe se hace roca, misión y hermandad. Aquí se nos recuerda que no somos obispos de una Iglesia aislada, sino miembros de un cuerpo vivo que abraza a todos los pueblos y culturas, especialmente a nuestros pueblos latinoamericanos, portadores de una fe recia, encarnada y profundamente mariana.

Venimos como obispos del Perú, en comunión con el Sucesor de Pedro y con todas las Iglesias extendidas por el mundo. Ante la tumba de San Pedro, también nosotros reafirmamos la certeza que orienta nuestro ministerio, la misma que brotó del corazón del Apóstol cuando muchos se alejaban: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”* (Jn 6,68). Solo Él da sentido pleno a la misión que hemos recibido y a la esperanza de nuestros pueblos.

Fragilidad transformada en fidelidad misionera

Contemplar a Pedro es contemplar el misterio de la llamada. En él reconocemos la fragilidad humana tocada por la gracia: el discípulo que, consciente de su pequeñez, se deja mirar por el Señor y aprende que la misión no nace de la autosuficiencia, sino de la humildad que se abandona en Dios. Cristo lo eligió no por su perfección, sino por su disponibilidad a dejarse transformar. Su historia nos llena de esperanza: Jesús toma nuestra fragilidad y la convierte en fidelidad.

En esa experiencia interior resuena su confesión sincera: *“Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”* (Lc 5,8). Pedro es imagen del pastor que se atreve a dar pasos audaces confiando en la palabra del Maestro: *“Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas”* (Mt 14,28) y que, cuando experimenta el peso de su debilidad, no duda en clamar desde lo más hondo: *“Señor, sálvame”* (Mt 14,30). En esta historia se refleja también



Conferencia Episcopal Peruana

nuestro propio camino episcopal que solo avanza si es sostenido por Cristo. Jesús dijo al Apóstol: *“Yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos”* (Lc 22,32). Nuestro ministerio no se funda en nuestras capacidades, sino en esa oración de Cristo que nos sostiene.

A Pedro se le confía una misión decisiva: confirmar a sus hermanos. Esa misión, que hoy continúa en el Sucesor de Pedro, nos alcanza también a nosotros como obispos en comunión con él. Somos pastores llamados a confirmar la fe del pueblo de Dios, no desde nuestras fuerzas, sino desde la fidelidad al Evangelio recibido, con la libertad interior de quien puede decir con verdad: *“Hemos dejado todo y te hemos seguido”* (Mc 10,28).

Pedro, en su primera carta, exhorta a los pastores a apacentar el rebaño de Dios con generosidad, siendo modelos más que funcionarios. Estas palabras iluminan nuestro ministerio: hemos sido llamados a seguir a Cristo con una entrega total, sabiendo que el seguimiento implica dejar seguridades y caminar con el pueblo, compartiendo sus gozos y esperanzas, sus dolores y desafíos.

Unidad en la verdad: un desafío pastoral

La Iglesia en el Perú ha vivido históricamente en comunión con la Sede de Pedro. Desde sus orígenes aprendió que la catolicidad no es una idea abstracta, sino una experiencia concreta de unidad en la fe. En este camino destaca la figura de *Santo Toribio de Mogrovejo*, quien supo vivir su ministerio episcopal como servicio itinerante y cercano, siempre en profunda comunión con la Iglesia universal y con el Sucesor de Pedro. Su ejemplo sigue recordándonos que el obispo no puede encerrarse en sí mismo, sino que está llamado a caminar con su pueblo.

La unidad es, para nosotros, un don que se recibe y una tarea que se cultiva. Jesús lo expresó en su oración sacerdotal: *“Que todos sean uno, para que el mundo crea”* (Jn 17,21). En un tiempo marcado por fragmentaciones y tensiones, nuestra comunión episcopal, vivida en torno a Pedro, se convierte en un testimonio elocuente. Una Iglesia dividida oscurece el rostro de Cristo; una Iglesia unida lo revela con potencia. No se trata de uniformidad, sino de caminar juntos como los discípulos de Emaús, un camino en sinodalidad, guiados por el Espíritu que habla en el Pueblo de Dios.

La tradición latinoamericana, desde Medellín y Puebla hasta Aparecida, nos ha enseñado que la comunión no es uniformidad: es caminar juntos en



Conferencia Episcopal Peruana

la verdad del Evangelio, discerniendo, escuchando, apreciando la riqueza de nuestros pueblos y culturas.

La fe es, hoy para nosotros, una prioridad pastoral. La complejidad cultural, la confusión doctrinal, los avances de la inteligencia artificial y la sed de sentido de tantos hombres y mujeres, especialmente de los jóvenes, nos interpelan a saber dar razón de nuestra esperanza en nuevos contextos. Proclamar la Palabra con claridad, acompañar con cercanía pastoral y sostener procesos formativos sólidos es parte esencial de nuestra responsabilidad como pastores.

Prioridad de la formación integral

San Pablo nos dice con precisión apostólica: “*Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo*” (2 Tim 4,2). Esta es una urgencia: necesitamos estructuras formativas que sostengan la fe del pueblo, que iluminen, que acompañen. Necesitamos, como hemos podido descubrir en la historia de nuestros 126 años de Conferencia Episcopal, una Catequesis que forme la mente, el corazón y la vida. Laicos capaces de evangelizar ambientes complejos. Jóvenes formados espiritualmente para resistir la presión cultural del relativismo. Sacerdotes acompañados en su formación permanente.

Recordemos la visión de Santo Toribio cuando fundó el primer seminario en América en 1591: él estaba convencido de que no habría Iglesia sólida sin formación sólida. Esa lección sigue siendo profética.

Credibilidad en la caridad

La credibilidad del Evangelio se juega también en la caridad. Una caridad que no se reduce a gestos asistenciales, sino que brota del encuentro con Cristo y se traduce en compromiso concreto con la dignidad humana, la justicia, la reconciliación, la protección de los menores y personas vulnerables, una cultura de prevención y el cuidado valiente de la casa común. El pastor aprende esta caridad dejándose servir por el Señor, superando toda resistencia interior, como Pedro en el Cenáculo: “*No me lavarás los pies jamás*” ... “*Señor, no sólo los pies; también las manos y la cabeza*” (Jn 13,8-9).

La misión evangelizadora en América Latina siempre ha tenido un rostro marcado por la cercanía a los pobres. Pero la caridad debe ser también transformadora, promotora de dignidad, creadora de justicia y reconciliación. San Juan nos confronta sin rodeos: “*Quien no ama a su hermano... no puede amar a Dios*” (1 Jn 4,20). La caridad es la prueba



Conferencia Episcopal Peruana

del amor a Dios; es también el camino de la conversión pastoral que la Iglesia peruana necesita seguir creciendo.

Santo Toribio recorría los pueblos diciendo: “*Cristo no está lejos: está en el indio, en el pobre, en el enfermo*”. Esta intuición, tan evangélica, nos debe mover a seguir anunciando a Cristo con obras que hablen por nosotros: defensa de la dignidad humana, promoción integral, acompañamiento de los migrantes, cuidado de la creación, reconciliación en una sociedad fracturada.

Volver con esperanza

Queridos Hermanos, esta visita *ad limina* es un tiempo de gracia. Desde la tumba de Pedro renovamos nuestra disponibilidad total al Señor, conscientes de que solo el amor sostiene la misión. Como Pedro, queremos responder con verdad y humildad a la pregunta del Resucitado, dejando que brote de lo profundo del corazón la confesión que renueva el ministerio: “*Señor, tú sabes que te quiero*” (Jn 21,15-17).

Volveremos al Perú fortalecidos en la comunión con el Santo Padre el Papa León XIV, confirmados en la fe apostólica y renovados en el ardor misionero. Que nuestros pueblos reconozcan en sus obispos a pastores que confiesan a Cristo con claridad, enseñan con fidelidad, caminan con su gente y sirven con amor preferencial a los más pobres.

Que María, Madre de la Iglesia, nos acompañe en este camino; y que el Apóstol Pedro, desde esta tumba venerada, nos confirme en la fe para que sepamos confirmar la fe de nuestros hermanos. Amén.

+Carlos Enrique García Camader

Obispo de Lurín

Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana